Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

SOLUCION 2703

				B	R
				4	0
5	1	7	3	1	1
2	6	7	9	1	1
6	9	0	8	1	0
6	4	8	7	0	1

GRANDES ALMACENES

Página/2/3



Verano 3

EL MANDO

(*Por Federico Abascal*) Tenía acumulada la envidiable experiencia de no haber sido obedecido nunca. Era extraño. No adolecía el hombre de incapacidad comprobada para el mando ni de un entorno social especialmente insumiso. Y entre las reliquias de su pasado guardaba devotamente las botas lustradas y marciales del servicio militar, el devocionario con tapas de nácar de su primera comunión y un disco viejo de Antonio Machín, todo lo cual transmitía una imagen de gran coherencia y equilibrio. Sin embargo, nadie le obedecía, y ello, además de acrecentar su fama de ideólogo centrista, le producía un dolor que él intentaba ocultar a la percepción de sus más íntimos.

Poco a poco, el dolor fue convirtiéndose en una actitud depresiva, a través de la cual observaba el mundo con creciente despego. Y es que la vida no merecería la pena vivirse, según meditaba él en ratos sueltos, sin la satisfacción de haber sentido, al menos, obedecida alguna vez una orden. Ocurría, sin embargo, que, a sus muchas virtudes, el hombre añadía el don peculiarísimo de la inoportunidad, según la cual todo mandato o prohibición que emitía se veía inexorablemente neutralizado por un hecho. Cuando prohibía una excursión a uno de sus hijos, en ese momento se recibía el telegrama anunciando que el chico había llegado bien al punto de destino.

Todo cambió cuando el nuevo aparato de televisión vino acompañado de un mando a distancia, y el hombre tomó posesión de él comprobando que transmitía las órdenes y vigilaba su cumplimiento como un sargento ordenancista. Un día, sin embargo, a la televisión se le fundió una onda subportadora cromática por sobrecarga de doctrina, y el mando no fue obedecido. En ese mismo instante, el mando y el hombre, unidos por el mismo infortunio, decidieron formar pareja estable. En la casa de salud donde reposan, ningún psiquiatra ha logrado hasta ahora convencerles de la relatividad de los vínculos.

GRANDES ALMACENES

Manuel Vicent nació en Villavieja, provincia de Castellón, en 1936. Ganador del Premio Alfaguara de novela con "Pascua y naranjas" y del Premio González Ruano de periodismo, es autor de "El anarquista coronado de adelfas", "Angeles o neófitos" y "Balada de Caín". Actualmente trabaja para el diario español "El País". En este relato, la ironía de Vicent arremete contra el consumismo atrincherado en los modernos centros de compras, a los que es fácil entrar pero de los que no siempre se sale indemne.

Por Manuel Vicent

Sólo quería comprar unas camisetas para sus hijos y había elegido esos grandes almacenes porque allí se podía dejar el coche en el sótano sin pagar aparcamiento. Entró por el túnel a las nueve de la mañana. El empleado de la garita le sonrió con una mueca de plástico y levantó la barra, pulsando la tecla con cierta amabilidad, aunque a esa hora el subterráneo ya estaba completo. La mujer tuvo que abandonar el automóvil abierto en la rampa de acceso y entregar las llaves a un sujeto de mono blanco que llevaba el nombre del establecimiento estampado en el lomo. En esa catacumba, los pasos de cebra y unas flechas luminosas indicaban el camino hacia los ascensores. Ella se sorprendió un poco al ver que en el interior de algunos vehículos estacionados unas parejas se hacían el amor rodeadas de paquetes. También le llamó la atención otro hecho insólito: en el suelo de cemento había unos señores muy elegantes, que parecían clientes, tirados sobre una manta durmiendo a pierna suelta.



La mujer subió directamente a la sección infantil de la quinta planta y se puso a mirar las mesas y mostradores donde se hallaban ordenadas por tallas todas las prendas para niños. Desde el primer momento un dependiente risueño trató de ayudarla. Ella se limitó a escoger unas camisetas de algodón, y cuando se dirigía a la caja, de pronto se acordó de la cacerola. El menaje de cocina estaba en el piso inferior. Aquella señora no era sino una hormiga más en el hirviente barullo que se agitaba frenéticamente por los distintos departamentos, y no demostraba una voracidad especial. Las escaleras mecánicas transportaban seres inmóviles como maniquíes hacia otros espacios, los altavoces interrumpían a veces la música de ambiente para dar reclamos de ofertas, ventas posbalance, rebajas, semanas de la China y otras promociones esotéricas, y en medio del oleaje de consumidores había guardas jurados con galones y un pistolón desmesurado que les flotaba a la altura de los ijares.

El edificio se ha levantado en el centro comercial de la ciudad. Por fuera es un mazacote sin ventanas, de aspecto gris, un hermético fortín con una predela de escaparates a ras de la acera. Por dentro exhala un perfumado hedor a moqueta acrílica bajo un batido de neón pastoso que se disuelve en las cabezas de la aglomeración; pero ese gran almacén contiene todo lo que a un contribuyente normal le puede apetecer, desde bragueros teutones hasta viajes a Tahití pagados en cómodos plazos. Por eso, a la mujer le resultó muy fácil encontrar la cacerola deseada. Durante algún tiempo se movió entre ollas, sartenes, electrodomésticos, espátulas, instrumentos de cirugía culinaria y bisturís de cocina amenizados por una melodía cenital de Julio Iglesias; y mientras una empleada le envolvía la perola de aluminio, pensó que la moderna ama de casa se había convertido en una reina de quirófano. Después de pagar el importe, la señora quiso llegar a la calle por la primera puerta, pero aquel vano daba directamente a un pasillo ciego. Entonces le preguntó a un tipo con revólver.

—¿Dónde está la salida?

—No lo sé.

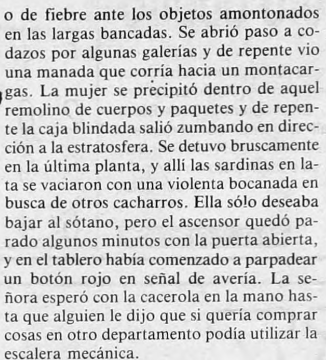
—Estoy buscando el ascensor para bajar al aparcamiento.

—¿Qué aparcamiento?

—El sótano.

—Yo soy nuevo en la casa. Pregunte a cualquier encargado.

Aquel señor del revólver le había contestado con cara de perro y ella ahora comenzaba a sentir un calor asfixiante en ese recinto cerrado. Todas las salas estaban llenas de gente palpando las mercancías y las miradas de la multitud tenían un brillo de sudor o de fiebre ante los objetos amontonados en las largas bancadas. Se abrió paso a codazos por algunas galerías y de repente vio una manada que corría hacia un montacargas. La mujer se precipitó dentro de aquel remolino de cuerpos y paquetes y de repente la caja blindada salió zumbando en dirección a la estratosfera. Se detuvo bruscamente en la última planta, y allí las sardinas en lata se vaciaron con una violenta bocanada en busca de otros cacharros. Ella sólo deseaba bajar al sótano, pero el ascensor quedó parado algunos minutos con la puerta abierta, y en el tablero había comenzado a parpadear un botón rojo en señal de avería. La señora esperó con la cacerola en la mano hasta que alguien le dijo que si quería comprar cosas en otro departamento podía utilizar la escalera mecánica.



—Estoy buscando la salida.

—¿Qué salida?

—A la calle.

—Ah, sí, la calle. Recuerdo que al principio a mí me pasó lo mismo.

Los grandes almacenes modernos están construidos con una estrategia de ratonera. Tienen una entrada muy fácil, con vestíbulos de excitantes arcadas. Incluso se puede acceder a ellos por debajo de la tierra a través de túneles que han perforado la raíz de los muros como un queso gruyere. Pero tan pronto el pequeño roedor ha caído dentro, el laberinto se complica cada vez más. Las sucesivas dependencias se van enredando, todas las paredes se vuelven lisas, los espacios toman una fórmula cuadrangular, los distintos volúmenes se repiten en cadena unificados por el hilo musical y la luz pastosa. Podría considerarse un hecho anecdótico que aquella mujer no encontrara la salida, aunque los casos como el suyo han sido calculados científicamente. Está probado por los psicólogos de consumo que si alguien, ya sea rata, hormiga o ciudadano medio, se entretiene 15 minutos buscando una escapatoria, siempre acabará comprando alguna cosa más. Pero la mujer se sentía angustiada y se acercó por tercera vez a una dependienta para explicarle el problema. Llevaba mucha prisa, había concertado una cita con el callista y buscaba una puerta, un ascensor, una escalera principal o de servicio, cualquier hueco que le permitiera llegar cuanto antes a la calle, porque además comenzaba a notar cierto ahogo. La dependienta hizo la mueca habitual. Le contestó que no debía preocuparse por eso, que se tranquilizara, que subiera a la cafetería a tomar algo. También le dijo que el establecimiento tenía un servicio de reparto de mercancías hasta el domicilio de los señores clientes y sería bueno que lo usara. Ella podía seguir comprando sin parar y cuando se le acabara el dinero debería pedir una tarjeta de crédito. Le sería facilitada al instante por el personal habilitado.

—Señorita, son las once de la mañana. Llevo un par de horas aquí dentro. Sólo deseo salir.

—¿Ha dicho usted salir?

—Eso es. Salir a la calle.

—Ah, sí, la calle.

—¿Qué sucede?

—Espere. Vuelvo en seguida.

A medida que pasaba el tiempo, la mujer comenzó a experimentar una sensación rara. El gran almacén se veía totalmente aba-





GRANDES ALMACENES

Manuel Vicent nació en Villavieja, provincia de Castellón, en 1936. Ganador del Premio Alfaguara de novela con "Pascua y naranjas" y del Premio González Ruano de periodismo, es autor de "El anarquista coronado de adelfas", "Angeles o neófitos" y "Balada de Caín". Actualmente trabaja para el diario español "El País". En este relato, la ironía de Vicent arremete contra el consumismo atrincherado en los modernos centros de compras, a los que es fácil entrar pero de los que no siempre se sale indemne.

Por Manuel Vicent

Sólo quería comprar unas camisetas para sus hijos y había elegido esos grandes almacenes porque allí se podía dejar el coche en el sótano sin pagar aparcamiento. Entró por el túnel a las nueve de la mañana. El empleado de la garita le sonrió con una mueca de plástico y levantó la barra, pulsando la tecla con cierta amabilidad, aunque a esa hora el subterráneo ya estaba completo. La mujer tuvo que abandonar el automóvil abierto en la rampa de acceso y entregar las llaves a un sujeto de mono blanco que llevaba el nombre del establecimiento estampado en el lomo. En esa catacumba, los pasos de cebra y unas flechas luminosas indicaban el camino hacia los ascensores. Ella se sorprendió un poco al ver que en el interior de algunos vehículos estacionados unas parejas se hacían el amor rodeadas de paquetes. También le llamó la atención otro hecho insólito: en el suelo de cemento había unos señores muy elegantes, que parecían clientes, tirados sobre una manta durmiendo a pierna suelta.

La mujer subió directamente a la sección infantil de la quinta planta y se puso a mirar las mesas y mostradores donde se hallaban ordenadas por tallas todas las prendas para niños. Desde el primer momento un dependiente risueño trató de ayudarla. Ella se limitó a escoger unas camisetas de algodón, y cuando se dirigía a la caja, de pronto se acordó de la cacerola. El menaje de cocina estaba en el piso inferior. Aquella señora no era sino una hormiga más en el hirviente barullo que se agitaba frenéticamente por los distintos departamentos, y no demostraba una voracidad especial. Las escaleras mecánicas transportaban seres inmóviles como maniquíes hacia otros espacios, los altavoces interrumpían a veces la música de ambiente para dar reclamos de ofertas, ventas posbalance, rebajas, semanas de la China y otras promociones esotéricas, y en medio del oleaje de consumidores había guardas jurados con galones y un pistolón desmesurado que les flotaba a la altura de los ijares.

El edificio se ha levantado en el centro comercial de la ciudad. Por fuera es un mazacote sin ventanas, de aspecto gris, un hermético fortín con una predela de escaparates a ras de la acera. Por dentro exhala un perfumado hedor a moqueta acrílica bajo un batido de neón pastoso que se disuelve en las cabezas de la aglomeración; pero ese gran almacén contiene todo lo que a un contribuyente normal le puede apetecer, desde bragueros teutones hasta viajes a Tahití pagados en cómodos plazos. Por eso, a la mujer le resultó muy fácil encontrar la cacerola deseada. Durante algún tiempo se movió entre ollas, sartenes, electrodomésticos, espátulas, instrumentos de cirugía culinaria y bisturís de cocina amenizados por una melodía cenital de Julio Iglesias; y mientras una empleada le envolvía la perola de aluminio, pensó que la moderna ama de casa se había convertido en una reina de quirófano. Después de pagar el importe, la señora quiso llegar a la calle por la primera puerta, pero aquel vano daba directamente a un pasillo ciego. Entonces le preguntó a un tipo con revólver.

—¿Dónde está la salida?

—No lo sé.

—Estoy buscando el ascensor para bajar al aparcamiento.

—¿Qué aparcamiento?

—El sótano.

—Yo soy nuevo en la casa. Pregunte a cualquier encargado.

Aquel señor del revólver le había contestado con cara de perro y ella ahora comenzaba a sentir un calor asfixiante en ese recinto cerrado. Todas las salas estaban llenas de gente palpando las mercancías y las miradas de la multitud tenían un brillo de sudor o de fiebre ante los objetos amontonados en las largas bancadas. Se abrió paso a codazos por algunas galerías y de repente vio una manada que corría hacia un montacargas. La mujer se precipitó dentro de aquel remolino de cuerpos y paquetes y de repente la caja blindada salió zumbando en dirección a la estratosfera. Se detuvo bruscamente en la última planta, y allí las sardinas en lata se vaciaron con una violenta bocanada en busca de otros cacharros. Ella sólo deseaba bajar al sótano, pero el ascensor quedó parado algunos minutos con la puerta abierta, y en el tablero había comenzado a parpadear un botón rojo en señal de avería. La señora esperó con la cacerola en la mano hasta que alguien le dijo que si quería comprar cosas en otro departamento podía utilizar la escalera mecánica.

—Estoy buscando la salida.

—¿Qué salida?

—A la calle.

—Ah, sí, la calle. Recuerdo que al principio a mí me pasó lo mismo.

Los grandes almacenes modernos están construidos con una estrategia de ratonera. Tienen una entrada muy fácil, con vestíbulos de excitantes arcadas. Incluso se puede acceder a ellos por debajo de la tierra a través de túneles que han perforado la raíz de los muros como un queso gruyere. Pero tan pronto el pequeño roedor ha caído dentro, el laberinto se complica cada vez más. Las sucesivas dependencias se van enredando, todas las paredes se vuelven lisas, los espacios toman una fórmula cuadrangular, los distintos volúmenes se repiten en cadena unificados por el hilo musical y la luz pastosa. Podría considerarse un hecho anecdótico que aquella mujer no encontrara la salida, aunque los casos como el suyo han sido calculados científicamente. Está probado por los psicólogos de consumo que si alguien, ya sea rata, hormiga o ciudadano medio, se entretiene 15 minutos buscando una escapatoria, siempre acabará comprando alguna cosa más. Pero la mujer se sentía angustiada y se acercó por tercera vez a una dependienta para explicarle el problema. Llevaba mucha prisa, había concertado una cita con el callista y buscaba una puerta, un ascensor, una escalera principal o de servicio, cualquier hueco que le permitiera llegar cuanto antes a la calle, porque además comenzaba a notar cierto ahogo. La dependienta hizo la mueca habitual. Le contestó que no debía preocuparse por eso, que se tranquilizara, que subiera a la cafetería a tomar algo. También le dijo que el establecimiento tenía un servicio de reparto de mercancías hasta el domicilio de los señores clientes y sería bueno que lo usara. Ella podía seguir comprando sin parar y cuando se le acabara el dinero debería pedir una tarjeta de crédito. Le sería facilitada al instante por el personal habilitado.

—Señorita, son las once de la mañana. Llevo un par de horas aquí dentro. Sólo deseo salir.

—¿Ha dicho usted salir?

—Eso es. Salir a la calle.

—Ah, sí, la calle.

—¿Qué sucede?

—Espere. Vuelvo en seguida.

A medida que pasaba el tiempo, la mujer comenzó a experimentar una sensación rara. El gran almacén se veía totalmente abarrotado de cacharros y cuerpos, sólo que aquel gentío parecía la repetición uniforme de la misma persona, en versión masculina o femenina, como si todas las dependencias del establecimiento hubieran sido invadidas por los propios maniquíes, que no cesaban de comprar de una manera mecánica cuantos objetos les ofrecían unos empleados, también de plástico. Podía tratarse de una alucinación debida a la claustrofobia. Eran seres con una expresión de cera, con las hombreras muy cuadradas, los ojos de baquelita y un vaho de pegamento en las pelucas. La mujer decidió salir de allí sin ayuda y durante algún rato fue dando vueltas por todas las paredes, se perdió en un dédalo de pasillos deshabitados que al final la devolvían siempre al departamento de perfumería, o a la sección de lencería, o a la división de caballeros, o a un desván repleto de embalajes. Comenzó a caminar por una galería desierta con terribles golpes de tacón que resonaban en el vacío, y cuando ya iba a llegar a la mampara del fondo vio detrás del cristal la esfumada silueta de un guarda jurado con pistola. Todas las puertas conducían a espacios herméticos, a corredores circulares o a terminales de subterráneo o azotea donde había un tipo armado impidiendo el paso.



Después de una hora consiguió descubrir aquel sótano rebosante de automóviles que, por supuesto, también tenía el túnel de acceso a la vía pública cegado con una plancha blindada. Allí pudo contemplar de nuevo el mismo espectáculo sorprendente. Dentro de los vehículos estacionados en tercera fila había muchas parejas haciéndose el amor con abrazos ortopédicos y chasquidos de muelle bajo grandes paquetes de regalo, y los suspiros de placer parecían salir de un transistor incorporado en la tripa de cada amante. Sobre las manchas aceitosas de aquel suelo de cemento se veía una extensión de señores elegantes y derribados que eran clientes sumidos en un largo sueño. A la una de la tarde aquella mujer había llegado a la conclusión de que el edificio no poseía una sola fisura. Se sentía incapaz de huir de ese bloque de hormigón.

Trató de serenarse un poco. Desde la catacumba subió otra vez en el ascensor hasta la cafetería de la última planta. Ahora la mujer estaba sentada a una mesa y alrededor de ella muchos maniquíes tomaban el plato del día. Un medallón de merluza congelada, unas croquetas de pollo y flan de polvos pinos. Los maniquíes hablaban animadamente entre sí, e incluso se reían con carcajadas de plástico enseñando la dentadura de maíz híbrido. Uno de ellos vino con la gran noticia:

—Acaban de entrar veinte capitonés con nuevas mercancías.

—¡No es posible!

—Os lo juro.

—Hay que felicitar al jefe.

Saltaban, reían, daban vítores y palmadas como en una fiesta de niños. Después de todo tampoco hacía falta salir de los grandes almacenes para ser feliz. Allí dentro había de todo: peluquerías, retretes, guardería infantil, restaurante con platos combinados y también se podía recorrer el mundo mirando los países lejanos de los folletos de la agencia de viajes. En ese edificio sin ventanas de aspecto gris sólo entraban y salían mercancías. Al amanecer llegan a través de túneles unas moles de enorme tamaño, unas caravanas de niebla en forma de camión y descargan el arsenal de cacharros en los pozos más profundos. Unas hormigas de uniforme clasificaban los enseres en otra cripta y las poleas movían unas cintas de linóleo que iban distribuyendo los objetos por las distintas dependencias. El establecimiento también poseía una esmerada organización de reparto a domicilio. En medio de ese tráfico de paquetes los clientes sólo debían emitir el acto volitivo de comprar. Los clientes eran seres puros como máquinas, entes inmutables como categorías de consumo que nunca abandonan su sitio. Permanecían siempre en el interior de ese bloque, ajenos a toda esperanza. Aquella mujer supo claramente que en el edificio de los grandes almacenes no había un hueco que permitiera la libertad de suicidarse arrojándose a la calzada, pero lo estuvo buscando durante toda la tarde. Un jefe de maniquíes le sonrió al fondo de un pasadizo.

—Señora, este corredor no conduce a ninguna parte.

—Me siento un poco perdida.

—No tema nada.

—Tal vez mi familia esté preocupada.

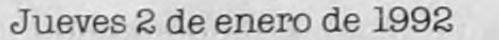
—Tome esta tarjeta de crédito.

—Quiero salir a la calle.

—¿A qué calle?

La mujer no comprendía que aquel caballero le decía estas cosas por su bien. Tenía obligación de relajarse. Dentro del mazacote cuadrangular había ofertas, regalos, promociones, rebajas, múltiples aparatos, y cualquier deseo podía ser calmado de un modo automático. Las escaleras mecánicas se cruzaban en aspa aéreamente y acarreaban cuerpos con una expresión de goma espuma hacia otros espacios, y la luz batida con la melodía sideral de Julio Iglesias se vertía sobre los mostradores cargados de utensilios de toda índole, y los maniquíes agolpados adquirían nuevas mercancías alargando los brazos ortopédicos en la crepitante densidad del lugar cerrado. Al caer el crepúsculo la cornisa del gran almacén se adornó con una cresta de neón. Finalmente, en mitad del laberinto, la mujer descubrió una cristalera que daba a una acera por donde se veían pasar coches y contribuyentes con paraguas. Se pegó a ella como un mosquito a una farola. Sólo era un escaparate. La mujer comenzó a arañar la luna dando alaridos desmesurados para llamar la atención de la gente de afuera. Pero la gente pensó que se trataba de un reclamo publicitario. Y algunos peatones desocupados decidieron entrar en el gran almacén.





Jueves 2 de enero de 1992

rrotado de cacharros y cuerpos, sólo que aquel gentío parecía la repetición uniforme de la misma persona, en versión masculina o femenina, como si todas las dependencias del establecimiento hubieran sido invadidas por los propios maniquíes, que no cesaban de comprar de una manera mecánica cuantos objetos les ofrecían unos empleados, también de plástico. Podía tratarse de una alucinación debida a la claustrofobia. Eran seres con una expresión de cera, con las hombreras muy cuadradas, los ojos de baquelita y un vaho de pegamento en las pelucas. La mujer decidió salir de allí sin ayuda y durante algún rato fue dando vueltas por todas las paredes, se perdió en un dédalo de pasillos deshabitados que al final la devolvían siempre al departamento de perfumería, o a la sección de lencería, o a la división de caballeros, o a un desván repleto de embalajes. Comenzó a caminar por una galería desierta con terribles golpes de tacón que resonaban en el vacío, y cuando ya iba a llegar a la mampara del fondo vio detrás del cristal la esfumada silueta de un guarda jurado con pistola. Todas las puertas conducían a espacios herméticos, a corredores circulares o a terminales de subterráneo o azotea donde había un tipo armado impidiendo el paso.

Después de una hora consiguió descubrir aquel sótano rebosante de automóviles que, por supuesto, también tenía el túnel de acceso a la vía pública cegado con una plancha blindada. Allí pudo contemplar de nuevo el mismo espectáculo sorprendente. Dentro de los vehículos estacionados en tercera fila había muchas parejas haciéndose el amor con abrazos ortopédicos y chasquidos de muelle bajo grandes paquetes de regalo, y los suspiros de placer parecían salir de un transistor incorporado en la tripa de cada amante. Sobre las manchas aceitosas de aquel suelo de cemento se veía una extensión de señores elegantes y derribados que eran clientes sumidos en un largo sueño. A la una de la tarde de aquella mujer había llegado a la conclusión de que el edificio no poseía una sola fisura. Se sentía incapaz de huir de ese bloque de hormigón.

Trató de serenarse un poco. Desde la catacumba subió otra vez en el ascensor hasta la cafetería de la última planta. Ahora la mujer estaba sentada a una mesa y alrededor de ella muchos maniquíes tomaban el plato del día. Un medallón de merluza congelada, unas croquetas de pollo y flan de polvos pinos. Los maniquíes hablaban animadamente entre sí, e incluso se reían con carcajadas de plástico enseñando la dentadura de maíz híbrido. Uno de ellos vino con la gran noticia:

—Acaban de entrar veinte capitonés con nuevas mercancías.

—¡No es posible!

—Os lo juro.

—Hay que felicitar al jefe.

Saltaban, reían, daban vítores y palmadas como en una fiesta de niños. Después de todo tampoco hacía falta salir de los grandes almacenes para ser feliz. Allí dentro había de todo: peluquerías, retretes, guardería infantil, restaurante con platos combinados y también se podía recorrer el mundo mirando los países lejanos de los folletos de la agencia de viajes. En ese edificio sin ventanas de aspecto gris sólo entraban y salían mercancías. Al amanecer llegan a través de túneles unas moles de enorme tamaño, unas caravanas de niebla en forma de camión y descargan el arsenal de cacharros en los pozos más profundos. Unas hormigas de uniforme clasificaban los enseres en otra cripta y las poleas movían unas cintas de linóleo que iban distribuyendo los objetos por las distintas dependencias. El establecimiento también poseía una esmerada organización de reparto a domicilio. En medio de ese tráfico de paquetes los clientes sólo debían emitir el acto volitivo de comprar. Los clientes eran seres puros como máquinas, entes inmutables como categorías de consumo que nunca abandonan su sitio. Permanecían siempre en el interior de ese bloque, ajenos a toda esperanza. Aquella mujer supo claramente que en el edificio de los grandes almacenes no había un hueco que permitiera la libertad de suicidarse arrojándose a la calzada, pero lo estuvo buscando durante toda la tarde. Un jefe de maniquíes le sonrió al fondo de un pasadizo.

—Señora, este corredor no conduce a ninguna parte.

—Me siento un poco perdida.

—No tema nada.

—Tal vez mi familia esté preocupada.

—Tome esta tarjeta de crédito.

—Quiero salir a la calle.

—¿A qué calle?

La mujer no comprendía que aquel caballero le decía estas cosas por su bien. Tenía obligación de relajarse. Dentro del mazacote cuadrangular había ofertas, regalos, promociones, rebajas, múltiples aparatos, y cualquier deseo podía ser calmado de un modo automático. Las escaleras mecánicas se cruzaban en aspa aéreamente y acarreaban cuerpos con una expresión de goma espuma hacia otros espacios, y la luz batida con la melodía sideral de Julio Iglesias se vertía sobre los mostradores cargados de utensilios de toda índole, y los maniquíes agolpados adquirían nuevas mercancías alargando los brazos ortopédicos en la crepitante densidad del lugar cerrado. Al caer el crepúsculo la cornisa del gran almacén se adornó con una cresta de neón. Finalmente, en mitad del laberinto, la mujer descubrió una cristalera que daba a una acera por donde se veían pasar coches y contribuyentes con paraguas. Se pegó a ella como un mosquito a una farola. Sólo era un escaparate. La mujer comenzó a arañar la luna dando alaridos desmesurados para llamar la atención de la gente de afuera. Pero la gente pensó que se trataba de un reclamo publicitario. Y algunos peatones desocupados decidieron entrar en el gran almacén.





LA PORTADORA

Folletín erótico de Pedro Lipcovich

2. El doctor y su paciente



En cualquier consultorio de ginecólogo sucede que, luego de retirarse la última paciente, el doctor llame a su empleada. Es raro, en cambio, que le conceda el gesto atento reservado a sus pacientes, y sólo en algún folletín ocurre que el médico le pregunte la razón de su consulta y la empleada diga:

—Vengo, doctor, por una molestia... —La paciente, la empleada, vacila con pudor muy realista, pero en el consultorio médico se deja de lado el pudor—. Una molestia al tener relaciones.

¿Desde cuándo?, inquiere el profesional. Desde hace unos dos meses, dice la empleada siguiendo el libreto que el doctor fijó para ella. Ya hizo una consulta —dice—, pero sin resultados. ¿A quién consultó?, se interesa el médico.

—Al doctor Rosemberg.

Bermúdez nunca ha dicho por qué, pero el fracaso del doctor Rosemberg siempre tiene que estar incluido en la representación. Ahora el doctor va a revisar a su paciente, que, mientras él se apartaba con discreción, se ha quitado la ropa interior para acostarse en la limpia camilla. La mano enguantada se detiene en el sexo de la empleada. ¿Molesta?, pregunta solícito. No, ha de decir ella. Los dedos del hombre se mueven con levedad. La empleada no piensa, no siente, ella mira el cielorraso blancuzco, la pared empapelada con dibujo de patitos infantiles. Suena el teléfono.

Siempre, en algún momento de la representación, el teléfono trae el llamado de la señora de Bermúdez. Alguna vez la señora se demoró y entonces, advirtió la empleada, el doctor fue poniéndose incómodo, su personaje ya empezaba a diluirse cuando por fin llegó el llamado que atendió con irritado alivio. Pero ahora la señora es puntual, hola mi amor, el médico mantiene la mano sobre el sexo de su empleada mientras hilvana un conyugal diálogo de tarjetas de crédito, casa de fin de semana, dinero para los hijos, la mano está atenta y extiende su movimiento, el doctor habla sin mirar a la muchacha pero ella siente, intuye que esa conversación le está destinada, Bermúdez y la señora invisible representan para ella la escena de su bienestar privado, por qué, para qué, se pregunta ella y tal vez la pregunta la distrae de su distracción porque, cuando por un instante la mano del doctor parece a punto de irse, ella sin querer alza un poco el cuerpo para no perder el contacto, pero la mano del doctor no la olvida y la conversación con la señora ya finaliza con un beso, el doctor corta la comunicación y desde luego se disculpa ante su paciente.

¿La molestia es al comenzar la relación?, pregunta la voz concienzuda. No, la molestia es después de unos minutos de relación. El doctor asiente con gravedad, y se vuelve a buscar algo, ella sabe qué. Ella lo ve de espaldas, sabe que las manos del hombre manipulan los botones inferiores del guardapolvo, Viviana alzando la cabeza ve la nuca del hombre con pliegues de piel gorda, lo ve grotesco, intolerable, se va, ella se va. Salta de la camilla y se viste mientras el médico desconcertado trata de cerrarse el guardapolvo blanco, se va sin mirarlo, "¡Vas a volver!", la voz ronca del doctor antes del portazo. Siempre volvés, musitará Bermúdez, ya solo en su consultorio empapelado con dibujo de patitos lila.

Ya hemos dicho que estas cosas sólo pasan en los folletines; jamás entre un doctor y su empleada ocurrió ni ocurrirá nada parecido a lo que aquí se narró. El final de este capítulo es más común, es como de tantas veces. Una muchacha camina por las calles sin rumbo, sin nada; de pronto se da cuenta de que la gente la mira, por qué, se toca las mejillas llenas de lágrimas, ha llorado todo el tiempo sin saberlo. Viviana seca sus lágrimas, camina, llega a un parque de árboles altos, en el noreste de la ciudad de la mentira. Una barranca y una avenida separan el parque de una gran estación de trenes y de un hotel para extranjeros; más allá está el río, que en esta ciudad está oculto por paredones y distancias para que la gente no pueda verlo. Pero, desde un lugar de este parque, por la abertura de una calle estrecha se ve un pedazo de río hasta el horizonte; las lágrimas de los ojos de Viviana se van yendo cuando mira el río marrón, dulce, las velas de barquitos perdidos en el fin; como tantos otros desde ese mismo lugar ella encuentra, en el río que perdura, una calma precaria. Oscurece. La noche borra el pedacito de río y Viviana se levanta para ir, sin remedio, al departamento de la tía Gladys y sus gatos en celo perpetuo.

(Continuará.)

JUEGOS

SOPA DE LETRAS

Encuentre en la sopa las palabras de la lista. Pueden estar en horizontal, vertical o diagonal, en uno u otro sentido. Las letras sin usar formarán un mensaje.

ATMOSFERA - CLASICO - JURIDICO - BASCULA - DALTONICO - MISTICO - BRUJULA - EPILOGO - SISMICO - CARDIOLOGO - ESTUPIDO - CARIATIDE - FLAMIGERO

E	O	S	E	D	I	T	A	I	R	A	C
T	A	C	A	O	C	I	D	I	R	U	J
O	F	N	I	T	E	P	I	L	O	G	O
O	C	L	D	S	M	I	S	T	I	C	O
C	O	I	A	E	A	O	N	T	R	E	L
I	O	B	M	M	A	L	S	O	S	T	I
N	E	N	E	S	I	L	C	F	S	Q	U
O	E	A	U	L	I	G	U	L	E	A	R
T	C	O	M	O	E	S	E	J	L	R	L
L	B	A	S	C	U	L	A	R	U	O	A
A	E	S	T	U	P	I	D	O	O	R	S
D	O	G	O	L	O	I	D	R	A	C	B

ENIGMA

¿Le gusta el turf?, ¿sí? Pues bien, búsquese un buen par de prismáticos, díganos el nombre del jockey de cada una de estas yeguas, el número de carrera en la que corrió y el puesto que obtuvo.

1. Ninguno de los jockeys obtuvo un número de puesto igual al número de carrera en la que participó.
2. Pedro corrió en la 2ª carrera y obtuvo el 4° puesto.
3. El jockey de Nicaise, Martín, corrió velozmente en la 4ª carrera.
4. Calfun, cuyo jockey no es Daniel, obtuvo el puesto.
5. Deyopea corrió en la 2ª y Sagavasca en la 5ª.
6. Juan es el jockey de Famelia y obtuvo el 1er puesto.

		JOCKEY					CARRERA					PUESTO				
		Daniel	Juan	Luis	Martín	Pedro	1a	2a	3a	4a	5a	1er	2do	3er	4to	5to
YEGUA	Calfun			X			X									
	Deyopea					X		X							X	
	Famelia		X						X			X				
	Nicaise				X					X						
	Sagavasca	X									X					
PUESTO	1er		X						X							
	2do	X														
	3er			X												
	4to					X		X								
	5to				X											
CARRERA	1a			X												
	2a					X										
	3a		X													
	4a				X											
	5a	X														

YEGUA	JOCKEY	CARRERA	PUESTO

SOLUCIONES

"Estando entre lobos tienes que aullar como ellos." Gurdjieff

Calfun, Luis, 1°, 3°.
Deyopea, Pedro, 2°, 4°.
Famelia, Juan, 3°, 1°.
Nicaise, Martín, 4°, 5°.
Sagavasca, Daniel, 5°, 2°.